

1º Domingo de Adviento

La única montaña que he escalado fue cerca de Antigua, Guatemala. Hace unos 30 años estuve estudiando español allí y visité a una prima que es misionera. Desde Antigua se puede ver una montaña cercana. Le pregunté a mi maestro si la gente subía la montaña. Él me dijo: “Yo te llevaré allí”. En ese momento me pareció una buena idea. Temprano una mañana, nos llenamos una mochila con comida y unas cervezas. Tomamos un autobús para acercarnos y comenzamos nuestra caminata. El peso de la mochila hizo que la subida fuera más difícil. El sendero era largo, y yo tenía cero de experiencia en alpinismo. Mi español no era muy bueno tampoco. Pero, solo con mi maestro, la única manera de comunicarme era en un lenguaje que estaba tratando de aprender. A mitad de camino, me di cuenta de que esto fue un error. Con las piernas adoloridas, una espalda cansada, y un cerebro agotado, quería regresarme. Cuando mi maestro entendió esto, dijo: “Por supuesto que no. Vamos a la cima”. Pensé que estaba loco. Pero avanzamos, paso a paso, hasta que finalmente llegamos a la cumbre. Comimos el almuerzo. Y bebimos la cerveza. La vista era espectacular. Bajar fue más rápido debido a la gravedad y porque la mochila era considerablemente más ligera. Abajo nos fuimos a la parada del autobús, regresamos a la ciudad, nos despedimos, y me dirigí al lugar donde me hospedaba. Apenas si podía poner un pie enfrente del otro. Nunca recuerdo haber estado tan sucio en mi vida, y durante días después me preguntaba si alguna vez volvería a caminar como una persona normal. Esa subida me enseñó mucho sobre la lucha, la conquista y el costo. Si tienes un objetivo, lucharás para lograrlo. Si logras la conquista, te sientes bien. Pero después hay un costo que pagar.

Al comenzar el Adviento, la primera imagen que nos dan las Escrituras es una montaña. Jerusalén está sentada en una colina, y las montañas cercanas son más altas. Isaías se imagina que en el futuro Jerusalén “será elevado en la cima de los montes, encumbrado sobre las montañas.” La gente querrá subirla, no importando la lucha. Conquistando la cima, obtendrán sabiduría. Isaías escribe: “Porque de Sión saldrá la ley, de Jerusalén, la palabra del Señor”. Pero todo esto vendrá a un costo. Cuando regresen a sus hogares, “De las espadas forjarán arados y de las lanzas, podaderas”. Tendrán que cambiar sus caminos, no confiando en las armas de guerra, sino en las herramientas de paz.

En la primera semana después de las elecciones presidenciales el Centro Legal de Pobreza del Sur registró 701 incidentes de hostigamiento de odio y vandalismo: 206 casos anti-inmigrantes, 151 casos anti-negros, 80 casos anti-LGBT, 60 suásticas, 51 casos anti-musulmanes, 36 casos contra mujeres, y 27 casos anti-Trump. Aquí en nuestra parroquia, los miembros de la comunidad hispana han reportado un aumento de hostigamiento en las calles de Kansas City. Tenemos una montaña que escalar. La insistencia a la intolerancia en nuestro país indica que ninguno de nosotros ha subido la montaña del Señor, ha recibido la instrucción, y cumplido nuestra misión cuando volvimos a terreno llano. Necesitamos ver el mundo desde la montaña, desde la perspectiva de Dios. ¿Cómo subir esa montaña? principalmente por medio de la oración, escuchando su palabra con diligencia y frecuencia, dejándola arraigar dentro de nosotros. Obtendremos sabiduría cuando escuchamos la voz de Dios, o aquí en la misa o aun en las palabras de la gente que no nos cae bien. Isaías dice que vendrá el día en que tendremos paz. Sólo llegaremos a ese día si lo vemos subiendo como una montaña a distancia. Debemos luchar cuesta arriba, recibir la instrucción de Dios y - a cualquier costo - compartir lo que Dios quiere con el mundo.

Sunday, November 27, 2016